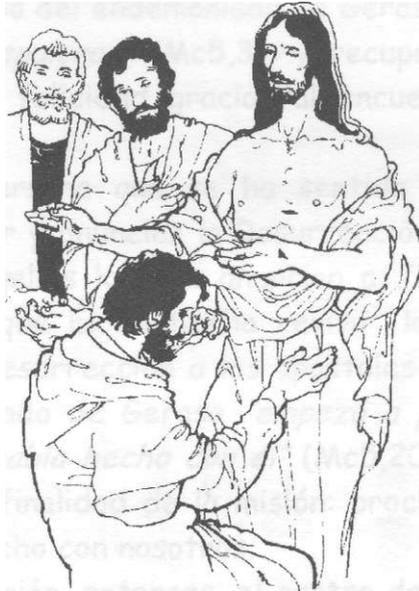


"El Cuerpo herido del Resuscitado"

*Lectura de Jn 20,19-29
desde el pueblo negro*



Hno. Alberto Degan,
Misionero Comboniano

Sentirse resucitados

"Dios es rico en misericordia....Estábamos muertos por nuestras faltas...Lo que somos es obra de Dios" (Ef2,4.5.10).

El término griego que usa san Pablo para decir 'muerto' es un término muy fuerte: antes de encontrar a Cristo éramos 'cadavéricos'. Ésta, de hecho, fue la experiencia de Lázaro: era cadáver y Jesús lo hizo revivir. Esta fue también la experiencia de María Magdalena que - atormentada por siete demonios (Lc8,2) - volvió a vivir sólo después que encontró a Cristo. Y ésta fue también la experiencia del endemoniado de *Gerasa*, que *"vivía entre tos sepulcros"* (Mc5,3), y recuperó la salud mental y la felicidad gracias al encuentro con el Nazareno.

Sólo una persona que se ha sentido resucitada puede creer y anunciar la Resurrección. De hecho, en los evangelios, los que anuncian a Jesús son los 'cadáveres' que El ha hecho revivir: la Magdalena anuncia la Resurrección a los apóstoles (Jn20,18) y el endemoniado de Gerasa *"empezó a proclamar lo que Jesús había hecho con él"* (Mc5,20). Ese es el origen y la finalidad de la misión: proclamar lo que Jesús ha hecho con nosotros.

La Resurrección, entonces, el centro de nuestra fe, no es algo que sólo afecta el lejano futuro, el más allá, sino que es una experiencia que debe afectar

nuestro presente, entrar en nuestra vida cotidiana y - de alguna manera - configurar nuestra historia. Los primeros discípulos anunciaron al Resuscitado porque se sentían transformados por El.

Pregunta:

- *¿Para mí la Resurrección es sólo un concepto abstracto o algo que, de alguna manera, he experimentado y configura mi vida? ¿Siento que soy 'obra de Dios'?*

Poner signos de resurrección

"El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino sólo lo que ve hacer al padre. Todo lo que haga éste, lo hace también el Hijo"(Jn5,19).



En la cultura semita, como nos explica Alonso Shókel, el hijo aprendía siempre el trabajo del

padre. Así, en el taller de Nazareth, Jesús tenía la mirada fija en José: lo que hacía su padre, aprendía a hacerlo El también. Y un día Jesús llegó a ser un experto carpintero. Muerto José, el taller de Jesús se engrandeció hasta alcanzar los confines del globo terrestre. Ahora, en este taller grande como el mundo, Jesús mira lo que hace su Padre celestial, deseoso de aprender su trabajo. Y el trabajo del Padre es *"resuscitar muertos y darles vida"* (Jn5,21), Una vez aprendido este trabajo, *"también el Hijo da la vida a los que quiere"* {Jn5,21).

En cierto sentido, también nosotros estamos llamados a aprender este trabajo. Naturalmente, sólo Dios tiene el poder de resucitar a los muertos; pero nosotros somos el Cuerpo de Cristo: somos los brazos y los pies del Resuscitado. Para ayudarlo a cumplir con su trabajo, Jesús nos pide poner e introducir en la vida cotidiana pequeños signos de resurrección.

"Muchos judíos fueron...por ver a Lázaro, a quien Jesús había resuscitado de entre los muertos. Entonces los jefes de los sacerdotes pensaron en dar muerte también a Lázaro, pues por su causa muchos judíos se alejaban de ellos y creían en Jesús" (Jn 12,9 -12).

Viendo cómo Lázaro había sido resuscitado y transformado por Jesús, le gente creyó en Cristo. Eso vale también para nosotros: la gente creará en

Jesús y en la Resurrección sólo si verá que nuestra vida ha sido de verdad transformada por el Resuscitado. El primer signo de resurrección que estamos llamados a poner, entonces, somos nosotros mismos.

La visita del Resuscitado

"Ese mismo día, el primero después del sábado, los discípulos estaban reunidos por la tarde con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se puso de pie en medio de ellos y les dijo: '¡La paz con ustedes!'. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron mucho al ver al Señor.

Jesús les volvió a decir: '¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así los envió yo también'. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo:

'/Reciban el Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenidos'. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le dijeron: 'Hemos visto al Señor'. Pero él contestó- Hasta que no vea la marca de los clavos en sus manos, no meta mis dedos en el agujero de los clavos y no introduzca mi mano en la herida de su costado, no creeré'.

Ocho días después, los discípulos de Jesús estaban otra vez en casa, y Tomás con ellos. Estando las

puertas cerradas', Jesús vino y se puso en medio de ellos. Les dijo: 'La paz esté con ustedes'. Después dijo a Tomás: 'Pon aquí tu dedo y mira mis manos; extiende tu mano y métela en mi costado. Deja de negar y cree.

Tomás exclamó: 'Tú eres mi Señor y mi Dios'. Jesús replicó: 'Crees porque me has visto. ¡Felices los que no han visto, pero creen!'" (Jn20,19-29).

El Cuerpo herido del Resucitado

San Juan es sin duda el evangelista que más insiste en la corporeidad del Resucitado; para entender esta insistencia, tenemos que recordar el contexto en que Juan escribió su evangelio. Al final del siglo I se estaba empezando a difundir la herejía del docetismo', nombre que deriva del verbo griego 'dokeo', que significa 'aparecer'. Según estos 'docetas', Jesús era verdaderamente Dios pero no era verdaderamente Hombre: del hombre tenía sólo la apariencia exterior. Según esta teoría, entonces, Dios no ha sufrido la humillación de la Crucifixión: el dolor era todo apariencia. De esta manera, se separaba al Cristo Resucitado del Jesús Crucificado y se fomentaba una visión deseñada de la Resurrección.

En otras palabras, el docetismo no cree que Jesús es un cuerpo humano, no cree en la Encarnación. Y los efectos nefastos de esta herejía los denunció

con vigor San Ignacio de Antioquía: "*Noten cómo estas herejías son contrarias al sentir de Dios: estos creyentes no se preocupan por la caridad, ni de la viuda ni del huérfano ni del que sufre, ni les importa si uno está encadenado o Ubre*".

En efecto, si yo no creo en la Encarnación, no puedo reconocer la presencia de Jesús en el Cuerpo del hambriento, del sediento, del enfermo, etc. ¡Y cuántas veces, a lo largo de la historia, también los católicos nos hemos interesado únicamente en salvar almas', sin preocuparnos si el Cuerpo del que queríamos salvar el alma era un Cuerpo "encadenado o libre"! Porque al fin y al cabo, que fuera el Cuerpo de un esclavo no tenía ninguna relevancia espiritual': se trataba de una "mezquina cuestión material o corporal.

Hoy todavía está muy de moda la visión desencarnada de la Resurrección: por todas partes se ven imágenes de un Jesús Resuscitado vestido de blanco y atravesado de rayos multicolores, sin ninguna herida, un Jesús incorpóreo, un Jesús irreal. Contra esta espiritualidad 'docetista, la religiosidad afro puede dar un grande aporte. En efecto, la dimensión corporal ha siempre tenido una gran importancia en la espiritualidad africana, que nunca ha llegado a contraponer el cuerpo' al 'espíritu'.

Por ejemplo, muchas veces nosotros relegamos al ámbito de lo 'social' esta preocupación por el hambre

y la sed corporal que sufren tantos hermanos nuestros, sobrentendiendo que este problema 'social' - aunque es importante - no atañe directamente el anuncio del Evangelio. La teología afroamericana, en cambio, nos empuja a tomar en serio el compromiso por la vida - y también la vida 'física' - del Cuerpo como parte integral de la evangelización.

El Jesús resucitado, entonces, es un Jesús herido, un Jesús que tiene todavía abiertos los agujeros de los clavos con que el Imperio ha perforado sus manos. A veces se dice que el pueblo negro siente más cercano al Crucificado que al Resucitado, pero eso es sólo parcialmente verdadero: sin duda al pueblo negro no le dice nada el Resucitado incorpóreo de ciertas imágenes actuales; habría, entonces, que recuperar y rescatar la imagen del cuerpo herido del Resucitado, un Jesús que tiene todavía vivos los signos de la violencia imperial, y que sólo a partir de esta experiencia puede ser fuente de salvación y esperanza para todos.

El Resucitado 'etéreo' y desencarnado ya no siente el dolor de la humanidad, y nos invita a desentendernos de este dolor; mientras el Resucitado herido sigue sufriendo en su carne las llagas y las aflicciones de sus hermanos, mostrándonos cómo curarlas y superarlas. Sólo ése es el Resucitado que encaja en la espiritualidad del pueblo afro.

Como dice Jon Sobrino, las víctimas son el lugar teológico desde donde podemos entender y experimentar la Resurrección. Los 'docetistas' antiguos y modernos nos proponen una resurrección 'etérea', barata, que no cuestiona nada y que no cuesta nada; mientras Juan nos recuerda que sólo el que se hace solidario con las víctimas y sus heridas puede experimentar la Resurrección: nosotros también, en cierto sentido, estamos llamados a tocar, a darnos cuenta de las heridas de nuestros hermanos.

Y no es una coincidencia que, después de tocar las heridas del Resucitado, Tomás exclama: ¹ *Tú eres mi Señor y mi Dios*'. Como han notado algunos comentaristas, para la comunidad joánica estas palabras tenían una clara connotación social y política. En efecto, el Emperador romano que estaba persiguiendo a los cristianos - Domiciano - se hacía llamar "*Dominus et beus noster*" ('Señor y Dios nuestro'). Aplicando estos mismos términos a Jesús, una víctima de la violencia imperial, Juan quiere decirnos que el Emperador no ha logrado matar y cancelar el proyecto de Dios; y eso anima la lucha de la comunidad joánica, marginada y perseguida.

Preguntas:

- *¿Cuáles son las actuales formas de docetismo?*
- *¿Quién es para el pueblo negro el Resucitado?*
- *¿Cuáles son las heridas del pueblo afro?*

Estar reunidos

Los discípulos tienen "*miedo*", pero están "*reunidos*". Eso es un primer elemento importante para experimentar al Resuscitado: estar unidos, afrontar juntos el miedo, el sufrimiento, la discriminación. La comunidad marginada y herida es el lugar privilegiado de encuentro con el Resuscitado.

Preguntas:

- *Cuáles son los principales miedos del pueblo afro? ¿Estamos afrontando juntos estos miedos y dificultades, o cada uno va por su cuenta?*

Agentes de resurrección

Las puertas de la comunidad están bien "*cerradas*". Los discípulos han renunciado a su misión: ahora que Jesús está muerto, piensan que era solo ilusión el proyecto de liberación de Cristo. Pero precisamente cuando parecía que todo estaba perdido y que era imposible abrir las puertas, Jesús las atraviesa: en un clima de miedo, inseguridad y desesperanza, Jesús lleva gozo y paz. Los discípulos "*se alegraron mucho al ver al Señor*".

Preguntémosnos: ¿por qué tanta alegría? ¿Qué ha cambiado para los discípulos? ¿Acaso ha terminado la marginación, acaso se ha acabado la persecución, acaso se ha superado la inseguridad? Nada de eso, pero dentro de esta situación de sufrimiento la comunidad hace experiencia del Resuscitado: el

encuentro con Jesús que nos anima a retomar el camino aun en medio de la marginación es una experiencia de resurrección parcial.

También la comunidad afro, discriminada y marginada, está llamada a encontrarse con Jesús, a vivir y experimentar resurrecciones parciales, que alimenten nuestra fe en la resurrección definitiva. De lo contrario, la Resurrección se quedaría como algo totalmente fuera de la historia y de nuestra vida.

Preguntas:

- *Como pueblo afro, ¿cómo experimentamos el encuentro con el Resuscitado?*
- *En nuestras comunidades somos agentes de resurrección y de esperanza? ¿Cómo?*

Jesús es la puerta

"Yo soy la puerta", dice Jesús (Jn10,7). ¡Cuántas veces también nosotros nos encontramos - como los apóstoles - con todas las puertas cerradas, como en un callejón sin salida. Pero, ¡no caigamos en la desesperación! Porque Jesús es nuestra puerta: El abre caminos allí donde nosotros no sabríamos cómo salir.

Vivir como resucitados, entonces, significa salir por la puerta que nos ha abierto Jesús, no ceder al desánimo y saber mantener el camino contra todas las ideologías que hacen razonable el abandonarlo. El neoliberalismo, en efecto quiere convencernos que es absurdo seguir caminando y luchando por la justicia y la paz. La imagen del Resucitado desencarnado envuelto en rayos luminosos nos invita a pararnos, a quedarnos tranquilos dentro de nuestras puertas cerradas, gozando de la luz de estos rayos, satisfechos con esta experiencia privada de extásis. La imagen del Resucitado herido y llagado, en cambio, nos dice que hay todavía mucho que reparar, mucho que hacer en este mundo, y nos invita a salir, a ponernos en camino, a tocar y curar las heridas de nuestros hermanos.

El neoliberalismo quiere convencernos que ya no hay puertas abiertas, que ya no hay nada nuevo para explorar y descubrir, que ya no hay motivo para salir de este sistema en el cual quieren encerrarnos.

Nosotros, en cambio, afirmamos que Jesús es nuestra puerta. La imagen de Jesús-puerta es una imagen poco disfrutada, pero probablemente es la más 'revolucionaria', porque nos dice que nada y nadie pueden encerrar y encadenar el Reino de la justicia y de la paz.

Pregunta:

- *Como agentes de pastoral afro, ¿encontramos puertas cerradas?*
- *¿Hemos tenido experiencia de Jesús como puerta que nos abre caminos inesperados?*
- *¿Cómo se podría disfrutar pastora/mente la imagen de Jesús como puerta?*

Evangelizar como comunidad pacificada y fraterna

"Reciban al Espíritu Santo: a quienes descarguen de sus pecados, serán liberados, y a quienes se los retengan, les serán retenido^". Generalmente estos versículos se han interpretado como un permiso oficial que Jesús da a la Iglesia de perdonar o condenar; pero si nosotros examinamos con mayor atención el contexto de esta frase, podría emerger otro significado. En el versículo anterior Jesús dice: *"¡La paz con ustedes! Como el Padre me envió a mí, así los envió yo también".* Jesús nos envía como comunidad, y el prerequisite fundamental de este envío es la paz: sin paz no hay ningún envío. Cristo sabe que la paz de la comunidad no podemos

construirla nosotros solos, y por eso nos dona su Espíritu. Cuando habla de 'descargar de los pecados', entonces, Jesús se refiere a la comunidad: si no perdonamos y si retenemos los pecados de los demás, fijándonos los unos en las faltas de los otros, los pecados de todos serán retenidos, o sea, nos quedaremos enredados en nuestros recíprocos pecados; pero sí nos descargamos recíprocamente de nuestros pecados y nos liberamos, la comunidad será liberada, y así podrá anunciar el Evangelio de la paz.

Entonces, hacemos experiencia del Resucitado cuando entre nosotros reina la paz y el perdón, y cuando evangelizamos como comunidad verdaderamente fraterna. Si entre nosotros no vivimos la paz y la fraternidad, no podemos anunciar ningún Evangelio, o sea, ninguna buena noticia.

Juan termina este trozo diciendo: "*Estas cosas han sido escritas para que crean...y tengan vida*" (Jn20,31). El Resucitado, entonces, quiere dar *vida* a nuestras comunidades. Dar vida: ésa es la finalidad del Evangelio, ésa es la finalidad de la misión, ésa es la finalidad de la Pastoral Afro.

Preguntas:

- *En nuestras comunidades¿nos descargamos de nuestros pecados? ¿cómo construimos ta paz?*

- *Como agentes de pastoral afro, ¿estamos dando vida a nuestro pueblo? ¿qué quiere decir dar vida al pueblo negro?*

Fecundidad y éxito

Al final, los discípulos se han quedado con sus miedos y sus dificultades, pero ahora las afrontan comunitariamente con la ayuda del Espíritu. Pedro y los demás apóstoles nunca llegaron a ser hombres de éxito: su vida fue muy difícil, una vida de marginación, de sufrimiento y persecución. Pero sin duda su vida fue muy fecunda.

En una sociedad marcada por la idolatría del éxito y exclusivamente orientada al conseguimiento de resultados inmediatos, pienso que es fundamental, como cristianos, recuperar el sentido de la diferencia entre éxito y fecundidad; de lo contrario, podríamos desanimarnos frente a la ausencia de un éxito pastoral inmediatamente visible.

Meditando sobre la vida y la muerte de Jesús, podríamos preguntarnos: ¿qué resultados concretos consiguió el Hijo de María?

Humanamente hablando, la vida del Nazareno no fue muy exitosa: despreciado por sus hermanos (Jn7,5), condenado por sus paisanos de Nazareth (Lc4,24), rechazado por Jerusalén (Mt23,27), traicionado por Judas (Jn13,21) y abandonado por sus apóstoles (Mt26,56); luchó por el Reino de Dios, y lo mataron:

la 'aventura' terrenal de Jesús terminó en un aparente fracaso. Y sin embargo, su vida y hasta su muerte fueron fecundas: *"Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre"* (Jn19,26-27). Moribundo en la cruz, Jesús dona su madre a su discípulo, y así logra crear una nueva familia: sin duda, el dolor no lleva al éxito, y no consigue ningún resultado, pero - muchas veces - puede ser fecundo y dar vida. Esta actitud de no dejarse aplastar por el dolor y de seguir dando frutos aun en medio de una situación aparentemente sin salida es una semilla de resurrección.

También en el Antiguo Testamento, al pueblo esclavo en Babilonia Dios nunca promete el éxito, sino que lo único que le promete es el don de la fecundidad y la fidelidad de su amor: *"Grita de júbilo, esteril que no das a luz... que más son los hijos de la abandonada que los hijos de la casada... porque los montes correrán y las colinas se moverán, mas mi amor no se apartará de tu lado"* (Is54,1-10).

En otras palabras, Dios no nos llama al éxito sino a la fecundidad; no nos pide que consigamos resultados sensacionales, sino que nos abandonemos a El para poder dar fruto, aun en un contexto de cruz, de esclavitud, de marginación y de violencia: *"El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto"* (Jn15,5).

Tener encendida la llama

Para llegar a la Resurrección hay que pasar por el Calvario, pero - como nos muestra Jesús - también bajo el peso de la cruz más pesada es posible ser fecundos y realizar nuestra vocación más profunda: amar y dar vida.

Entonces, no nos dejemos desanimar en nuestro apostolado por la falta de resultados inmediatos, y sigamos confiando en la fecundidad de la cruz! Porque Dios aprecia, valoriza, y hace fructificar - a veces de una manera misteriosa y inesperada - todo pequeño gesto que apunte a la construcción del Reino. Como dice el papa, *"nada de lo que se puede y se debe realizar... para hacer más humana la vida de los hombres se habrá perdido ni habrá sido inútil"* (SRS 48).

Jesús no ha resuelto todos los problemas del hombre, ni era ésta su intención; Él ha bajado a la tierra para encender un fueguito, como Él mismo nos dice: *"He venido a traer fuego"*(Lc12/49). Lo que nos pide, entonces, es no dejar que se apague este fuego. El Resucitado, lo hemos visto, envía de misión a la Comunidad marginada y perseguida; así, este grupo pequeño, débil y marginado se convierte en el Cuerpo herido del Resucitado. Esta comunidad - herida, discriminada y a veces despreciada - no está llamada a tener un éxito extraordinario sino a ser fecunda: concretamente, estamos llamados a tener

encendido lo llama que con tanta fatiga nos ha traído el Mesías, a tener abierta la puerta que Él ha sabido crear en medio de los muros en que querría aprisionarnos el Imperio, a proponer a todos el camino de esperanza que nos da vida.

Preguntas:

- *Como comunidad negra, marginada y discriminada, nos sentimos parte integrante y privilegiada del Cuerpo del Resuscitado?*
- *Como agentes de pastoral afro, ¿buscamos ser fecundos o nos dejamos condicionar por la idolatría del éxito?*
- *¿Estamos intentando tener entendida la llama? ¿Cómo?*



La parábola de los dos árboles

Había una vez dos árboles. Cada uno de ellos cultivaba un sueño, un sueño de éxito. El primer árbol soñaba con convertirse en un cofre, para guardar un tesoro precioso, unas joyas labradas en el oro más fino del mundo: de esta manera, toda la gente iba a hablar de él. El segundo árbol, en cambio, soñaba con crecer, hasta llegar a ser la planta más alta de todo el planeta; quería alcanzar la gloria, y que todos los ojos del mundo se fijaran en él.

Después de algunos días, llegaron tres leñadores: abatieron el primer árbol, lo cortaron en cuatro partes y lo llevaron al taller de un carpintero. El árbol estaba contento porque de esta manera podía realizar su sueño de convertirse en un cofre. Pero su destino fue diferente: el carpintero lo transformó en un comedero para animales y lo vendió al dueño de un establo. "Así se acaban mis sueños", pensó el árbol.

En cuanto al segundo árbol, su destino fue aun peor, desde el principio: los leñadores lo cortaron, y así sus sueños de alcanzar el cielo se desvanecieron en dos segundos. El también fue llevado al taller de un carpintero, que sacó de él dos tablas largas.

Un día el establo en que se encontraba el primer árbol transformado en pesebre fue visitado por una pareja: una mujer embarazada acompañada por el

marido. Nació el niño - al que llamaron Jesús - y lo pusieron en el pesebre.

Así, sin saberlo, y a través de un camino de dolor, el primer árbol finalmente pudo realizar su sueño, aunque de manera totalmente inesperada. Ahora de verdad estaba hospedando el tesoro más precioso del mundo: ningún cofre hubiera podido jactarse de poseer una joya más bella de la que ahora dormía en este pobre pesebre. Este árbol no tuvo el éxito esperado, pero su vida fue fecunda, porque dio hospitaliad al que ha venido para dar la paz a todo el mundo.

Años después, las dos tablas de madera en que se había convertido el segundo árbol - inutilizadas y escondidas a los ojos del mundo por mucho tiempo - fueron empleadas para formar una cruz sobre la cual iban a clavar a un condenado. La plantaron en el Calvario y sobre las tablas crucificaron a Jesús. En aquel momento, sin darse cuenta, y después de muchos años de espera aparentemente estéril, el segundo árbol finalmente ralizó su sueño. Ahora los ojos de todos los hombres y mujeres de verdad estaban fijos en él. Claro, no era el éxito con que el árbol había soñado: aquellos hombres y mujeres se dirigían a la cruz para insultarla y para reírse de ella. Y sin embargo, esta experiencia de dolor llevó fruto: esta cruz en la que se ha había transformado el segundo árbol estaba destinada a ser fuente de

esperanza para tantos hombres y mujeres, de todos los tiempos: esta cruz iba a ser la escalera por donde subir al cielo. La gloria con que había soñado el árbol se realizaba ahora de manera impensada.

Dios, entonces, es capaz de hacernos increíblemente fecundos, a pesar de nuestros aparentes fracasos: los dos árboles no consiguieron el éxito mundano que esperaban pero dieron mucho fruto.

Más allá de la muerte

El fracaso, el dolor y hasta la muerte violenta, entonces, - si las ponemos en las manos de Dios - un día fructificarán, de manera inesperada.

"Mis ovejas...no se perderán", nos promete Jesús (Jn10,27-28). *"Los desaparecidos reaparecerán de nuevo"*, repetía mons. Romero.

Así, la fecundidad a la cual estamos llamados - como dice Henry Nowen - es una fecundidad que va más allá de la muerte. El sueño de Jesús, por ejemplo, no terminó con su asesinato: después de su muerte, este sueño pudo difundirse en todas las regiones del Imperio, logrando - poco a poco - derrotar la idolatría pagana.

Vivir como resuscitados

Vivir como resuscitados en la historia, entonces, no quiere decir "vivir en las nubes", sino hacernos cargo de las llagas y heridas de nuestros hermanos,

sabiendo que sólo estas heridas pueden abrir una grieta, una puerta en los muros de la prisión imperial, y concientes que sólo a partir de estas llagas, sólo a partir de la experiencia de vida del pueblo marginado y oprimido, es posible ofrecer una salida, una alternativa a este mundo atezado por la violencia, el odio y la injusticia.

Claro que esta misión involucra a todas las generaciones: el sueño al que le abrió la puerta el Resucitado es un proyecto intergeneracional. No nos toca a nosotros derrotar completamente la esclavitud y la injusticia: ésa es una tarea intergeneracional del espíritu. Lo importante es que - dentro de esta lucha y misión milenaria - nosotros también hagamos nuestra parte.

Vivir como resucitados en la historia, entonces, significa sentirnos parte de esta labor y de este dinamismo del Espíritu, sentirnos vivificados y capacitados por El para llevar adelante la misión de Jesús, que vino para dar vida y traer fuego a la tierra.